

Marta Palenque e Isabel Román Gutiérrez. *Antonia Díaz de Lamarque, una escritora sevillana del ochocientos*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla / ICAS, 2007, 306 págs.

«El silencio será nuestra poesía». Este verso de la poetisa sevillana, que Palenque y Román Gutiérrez hacen figurar como título interior del libro, sirven para definir no ya la vida y la obra de Antonia Díaz de Lamarque, sino de toda una serie de escritoras que durante el siglo XIX soportaron unas duras condiciones de existencia intelectual y un ambiente hostil a las mujeres que cultivaron las letras.

Aunque sabemos de la lucha y del empeño que destilaron día a día figuras femeninas como Gertrudis Gómez de Avellaneda o Emilia Pardo-Bazán para hacerse un hueco en primera fila, muchas veces esa peripecia vital, por más apasionante que pueda resultar, no es de las más reveladoras para el conocimiento de una época o de un determinado momento social y cultural. La misma excepcionalidad de figuras como la de «Tula» o la autora de *Morriña* hace que no puedan valorárselas como representantes de una situación: se escapan de ella por todos lados, por su temperamento, por su decisión vital y literaria, por su personalidad individual vigorosa y destacada. Son, por el contrario figuras más secundarias, a primera vista menos interesantes, las que nos pueden dar mejor una idea de cómo era en realidad la situación vital de muchas mujeres del siglo XIX que fueron, o quisieron ser, escritoras y que chocaron contra un férreo mundo de incompreensión y exclusión.

Antonia Díaz de Lamarque (1827-1882) es una de esas figuras secundarias que pueden ser perfectamente representativas de un momento histórico y de una forma de vida. Por ello el libro que le dedican las dos profesoras de la Universidad de Sevilla, vale no sólo como estudio biobibliográfico de una determinada autora, sino como un ejemplo de una situación que con cambios más o menos circunstanciales vivieron muchas escritoras decimonónicas españolas.

Por todo ello este libro representa un espléndido ejemplo de *microhistoria* aplicada a la investigación literaria. El historiador italiano Giovanni Levi entendía que las dos características fundamentales de la microhistoria, las bases fundacionales de su metodología, eran la reducción de la escala de la observación y el estudio intensivo del material documental. Al microhistoriador le interesa analizar el espacio social en que se mueve un individuo determinado, porque, mediante el estudio intensivo de casos concretos se llegan a revelar aspectos que los acercamientos históricos tradicionales pueden no poner de relieve.

Estos supuestos podemos encontrar en el libro de Palenque y Román Gutiérrez. Las autoras reducen su escala de observación a la de una figura literaria semidesconocida, hoy de tercera fila, tiempo atrás algo más relevante, pero no mucho más, y para ello manejan un riquísimo acopio de documentos y correspondencia de la autora estudiada, y no solamente de ella sino del ambiente social en el que vivía: la Sevilla del siglo XIX.

Uno de los elementos que más nos llaman la atención de este libro es la, por prototípica, inexistente biografía de la autora. Joven sevillana de buena familia, con ambiciones literarias, siempre refrenadas por la autocontención que tanto gravó sobre muchas escritoras españolas del XIX, apenas hay en su vida elementos destacables. A partir de su matrimonio con José Lamarque de Novoa, también escritor y poeta sevillano, cambia su apellido para unirlo al de su esposo, y con su esposo vive, sin descendencia y sin sobresaltos hasta su muerte. Un personaje pues, habitual para su tiempo, normal para sus

coetáneos, entendiéndolos como anormales las biografías de aquellas autoras como Doña Emilia o la Avellaneda que se atrevieron, en muchos casos, a hacer caso omiso de la presión social.

No es este el caso de Antonia Díaz, ciertamente, siempre prudente, temerosa de llamar la atención y despertar las feroces críticas de los muchos literatos antifemeninos que la rodeaban, siempre circunscrita a lo que el pensamiento dominante entendía como campos apropiados para la literatura «de mujeres» (dicho sea con todas las comillas posibles). Palenque y Román Gutiérrez van detallando, en unos capítulos reveladores y ampliamente documentados y justificados el universo social de la autora. Se trata de unas páginas apasionantes, por cuanto nos introducen en la vida cotidiana de la burguesía acomodada sevillana y de la forma en que esa clase lleva a cabo la creación literaria: la escuela poética sevillana en la segunda mitad del XIX. Las autoras nos presentan diferentes elementos de la vida de la poetisa y a través de ella de la vida de su generación: los primeros años y las primeras tentativas literarias de Antonia Díaz, su matrimonio y su, a partir de entonces, simbiosis de vida y obra con su marido José Lamarque (simbiosis que conlleva la desaparición de la escena pública de Antonia Díaz); la presencia de los Montpensier en Sevilla y las derivaciones políticas que ello provocó en aquella sociedad, la religión como presencia imprescindible en el ideario de las mujeres escritoras que, como hizo Antonia Díaz, dedicaron muchas de sus obras a ella; la afición por el arte y el mecenazgo que llevó a cabo el matrimonio Lamarque, etc.

Especialmente interesantes son los capítulos del libro en que se da cumplida cuenta de algunos elementos de la vida de Antonia Díaz y que nos introducen de lleno en la historia de las mentalidades. Véase por ejemplo el amplio capítulo dedicado a la *Alquería del Pilar*, donde Lamarque y su esposa edificaron una quinta de recreo con clara raigambre romántica, tanto en la arquitectura de sus edificios como en el diseño de los jardines. También el detenido análisis de la biblioteca del matrimonio, que en buena parte se conserva, y que nos permite hacernos una idea del tipo de lecturas y de las obras en circulación en la Sevilla de 1850. Otro de los elementos de más interés es la descripción del «Álbum» de Antonia Díaz. Conscientes de la importancia del tema las autoras anuncian un futuro estudio más detallado de este elemento imprescindible de la vida social femenina de la segunda mitad del XIX. Gracias a los conocimientos y a las relaciones de Antonia Díaz, su álbum se llenó de colaboraciones de personajes de importancia y su estudio (y posible edición facsímil) sería una aportación imprescindible para un conocimiento más cabal de uno de los aspectos de la sociedad del XIX que todavía están pendientes de un estudio en profundidad.

De las relaciones de Antonia Díaz y su marido dan cuenta el epistolario que las autoras de este estudio analizan. Entre los corresponsales Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Valera, Francisco Rodríguez Zapata, Narciso Campillo, José Fernández Espino, Juan Fastenrath, *Fernán Caballero*, y otros muchos, nómina que da idea del amplio campo de relaciones culturales del matrimonio Lamarque. Aunque la corresponsal más habitual de Antonia Díaz fue Pilar Sinués, otra escritora que conoció de primera mano las limitaciones que también padeció Antonia Díaz.

Al llegar al análisis de la producción literaria de Antonia Díaz, Palenque y Román Gutiérrez centran su obra en la escuela poética sevillana, cuyas características analizan así como los autores que en ella se cuentan en la época de Antonia Díaz. Concluyen las autoras que por discutible y analizable que sea el marbete, lo cierto es que «los poetas de la segunda mitad del XIX tuvieron una conciencia muy clara de su existencia [de la escuela sevillana] y se muestran orgullosos de incardinarse en ella» (120). En tales circunstancias, esa conciencia

de escuela será al mismo tiempo caldo de cultivo y límite infranqueable para la producción literaria de Antonia Díaz. Hablan las autoras de una paulatina consagración gracias a las revistas: «a partir de la década de los sesenta el nombre de Antonia Díaz, ya de Lamarque, adquiere cada vez más protagonismo, no sólo en la prensa sevillana, sino también en la madrileña especializada en el público femenino» (137). Van desgranando Palenque y Román Gutiérrez periódicos y revistas donde colaboró Antonia Díaz, así como su participación en coronas poéticas u otras colecciones de versos de circunstancias, tan en boga en aquellos años. Sus libros de poemas son pocos: *Poesías* (1867), *Flores marchitas. Colección de baladas y leyendas* (1877), *Poesías religiosas* (1889), *Aves y Flores* (fábulas) (1890), y *Poesías líricas* (1893) [publicada por José Lamarque tras la muerte de su autora]. Algunos artículos y una novelita, *El precio de una dádiva* (1881) constituyen toda su obra en prosa.

Para Palenque y Román Gutiérrez en Antonia Díaz se observa «una tendencia al pensamiento filosófico y moral y un general tono entre cándido y optimista que individualiza su expresión» (145). Un grupo importante de poemas se centra en las relaciones femeninas y los problemas de su sexo, siempre con la obligada resignación por bandera: «La conversación íntima con otras mujeres en torno a los problemas comunes que deben afrontar conforman un grupo homogéneo en el que salen a colación la calumnia y la maldad como base de sus cuitas, y la virtud, humildad y constancia como única solución a ellas» (152). La evolución como poeta de la autora «parece seguir un decurso natural al derivar desde el poema épico largo hasta la balada. [...] Antonia Díaz retoma estas tres vías expresivas [romance, balada y cantar] en su obra, demostrando el profundo aprecio que le merecía la poesía popular, tal vez por influjo de la obra narrativa de su amiga Fernán Caballero» (159).

Como conclusión de su estudio, Palenque y Román Gutiérrez encuadran a la autora en el «canon isabelino»: talante monárquico, religioso y moralizante, vinculación a la propuesta lamartiniana (la belleza estética depende de la virtud moral del contenido) y connivencia con el poder establecido; el mismo grupo en el que se encuadran Angela Grassi, Pilar Sinúes y Faustina Sáez de Melgar.

Finaliza el libro con una antología de los versos de Antonia Díaz, representación de una obra que «sujeta a los valores de su clase y asfixiada en los márgenes de una ideología pacata, quedó así limitada por la decisión de la propia autora de negarle más ligeras alas a su expresión» (197).

Tras el detallado recorrido por la época, la vida y la obra de Antonia Díaz que realizan Palenque y Román Gutiérrez, no se puede por menos de pensar que aquella joven que en uno de sus primeros poemas se lamentaba con el elocuente verso de que «el silencio será nuestra poesía» acertó plenamente en su premonición. Silencio es lo que encontramos en Antonia Díaz. La amplia documentación que manejan las autoras pone aún más de manifiesto el silencio de Antonia Díaz, que nunca habló de sí misma como literata, ni de sus ambiciones artísticas ni de sus propósitos creativos. Palenque y Román Gutiérrez apuntan que fue una autora concienzuda, que repasaba sus versos con cuidado y reflexión, pero el silencio con respecto a sí misma que la vida de su época le obligó a guardar nos impide conocer el interior de su espíritu. Constreñida en los estrechos márgenes que su mundo imponía a las escritoras aceptó sus reglas, sus limitaciones y sus prohibiciones: «no intentó ser, de ninguna forma, una amenaza para sus amigos escritores y supo conservar siempre su lugar. Para ello tal vez tuvo que esconder sus cualidades bajo una capa de obligada modestia: la mujer decente y virtuosa no podía gustar de ser objeto de la atención pública, debía elegir

el retiro y ceder, como ella hizo, su representación pública a su marido. Puede ser educada, pero no sabia; poetisa, pero no poeta; escribir a las flores, a la religión y a los tiernos sentimientos, pero eludir la épica, los asuntos serios propios de varones... Responde en definitiva a la imagen de docilidad y de dulzura que le asigna la sociedad isabelina» (195). Una imagen prototípica que sepultó, tras una capa de oscuro y definitivo silencio, el alma de una mujer que una vez quiso ser poeta.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
U.N.E.D. CANTABRIA / I.E.S. ALBERTO PICO